

At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem neque horam. las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él les responde, y dice: En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el día ni la hora.

MEDITACION.

DE LA SUPREMA DESDICHA DEL HOMBRE

PUNTO PRIMERO.

Considera que la suprema desdicha del hombre es ser reprobado y desechado de Dios: *Nescio vos*. La posesion de Dios es su suprema dicha: ¿quién se atreverá á negar esta verdad? Luego perder á Dios y perderle para siempre, no puede menos de ser su mayor desgracia.

Fué criado el hombre para solo Dios: este es nuestro fin, nuestra satisfaccion, nuestro centro. No hay que consultar por eso sino á nuestro corazon. Despues de seis mil años y mas que todos los hombres están trabajando por hacerse felices, ninguno pudo encontrar reposo lleno y perfecto que fijase, que satisficiese todos sus deseos: siempre queda en ellos un inmenso vacio que no pueden llenar todos los objetos criados; y es porque el hombre no se hizo para ellos. Es menester que se eleve hasta el mismo Dios; y en tomando este partido, encuentra una paz y un consuelo que no halla en otra parte. Solo Dios es su fin, y el centro de su reposo; esto aun desde esta vida; ¿qué será en el cielo por toda una eternidad, comunicandose Dios afectuosamente á una alma, entregándose todo á ella sin reserva, entrándose esta,

y, por decirlo así, anegándose en el gozo, en la felicidad del Señor! Concibe, si es posible, el infinito valor, la inmensidad de esta dicha; pero concibe tambien por la misma razon la desgracia de perder á Dios, de ser aborrecido, de ser reprobado de Dios, siendo objeto funesto de su indignacion y de su cólera. *Nescio vos*.

Aunque hubieras sido el monarca mayor del universo, el hombre mas poderoso, el mas feliz de todos los siglos; si en el momento que sales de este mundo te dice el Señor: *Nescio vos*, no te conozco, no sé quién eres, jamás te conoceré, siempre serás objeto de horror á mis ojos, siempre abominable á mi corazon, siempre materia de mi encendida cólera, *Nescio vos*; ¿qué será de tí, y qué serás tú mismo por toda la eternidad?

Incurrir en la desgracia de un padre, de un poderoso protector, de quien dependia toda nuestra fortuna, de un amigo que era todo nuestro consuelo, es por cierto bien triste situacion. Perder un pleito, cuya pérdida trae consigo la de toda la familia, verse uno desgraciado con el soberano, y por esta desgracia perder la honra, los empleos, los bienes, y salir desterrado de su patria, verdaderamente que parece se debia preferir la muerte á esta cruel cadena de desgracias; pero de buena fe, ¿qué viene á ser todo esto en comparacion de la reprobacion eterna? ¿qué decretos de principes, qué sentencias de tribunales, qué proscripciones ignominiosas pueden entrar en cotejo con aquel *Nescio vos* de un Dios soberanamente irritado? ¿Dónde hay rayo que mas abraze, que mas aniquile, que mas desespere, que estas terribles palabras?

Haced, Señor, que comprenda yo bien todo su significado y todo su rigor; que penetre en esta vida toda su amargura para no oirla, para no experimen-

tarla durante toda la eternidad. *Confige timore tuo carnes meas: á judiciis enim tuis timui.* Clavad, Señor, mi carne convuestro santo temor para estar mas distante de vuestros terribles juicios.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay en la tierra mal que no tenga remedio; no hay infortunio, no hay desgracia sin esperanza; no hay desdicha que no admita consuelo; pero busca uno para aquellas espantosas palabras: *Nescio vos.*

Si una negociacion se desgracia; si se malogra un negocio; si una empresa considerable se frustra; si se pierde una rica herencia; si en un pleito injusto nos despoja de todos nuestros bienes una senteneia inicua; cuando no hay recurso en la vida, consuela el pensamiento de la muerte, considerando que puede durar muy poco aquella miseria; pero cuando uno se ve desgraciado con Dios; cuando ya no encuentra ni amigos ni mercesores con él; cuando se secó para nosotros la fuente de las misericordias; cuando se pasó ya el tiempo de las gracias; cuando ya no hay mas tiempo; cuando sucedió la eternidad á este casi imperceptible número de dias que se malograron miserablemente, y se oye la voz irritada de todo un Dios que en el furor de su cólera nos dice: No os conozco, no sé quién sois; y desde entonces ni se hace caso de nuestros trabajos pasados, ni se aprecian nuestros servicios, ni se trata de compasion, ni se habla de misericordia; no hay que gemir, no hay que llorar, no hay que lamentarse, no hay que dar ahullidos de dolor: *Nescio vos, nescio vos.* Esa prevencion la debieras haber hecho con tiempo; debieras haber velado, debieras no haber estado ocioso; debieras haber trabajado en tu salvacion mientras duraba el dia; ya

cerró la noche, ya nada se puede hacer en ella.

Esa vida de veinte y cinco, de cuarenta, de sesenta años solo te se concedió para que en ella te dispusieses á recibir al esposo. La incertidumbre de la hora en que podia llegar te obligaba á una continua vigilancia. No bastaba ser virgen, era menester aplicarte al cumplimiento de tu obligacion; no bastaba tener las lámparas encendidas, era preciso tambien haber hecho provision de aceite. Te dormiste, llegó el esposo, reparaste que se apagaba la lámpara, faltaba aceite, quisiste ir á buscarle, pero ya era tarde. Un accidente, un desmayo obliga á llamar á toda priesa al confesor, á acudir á los sacramentos; pero entre estas priesas, entre este alboroto de la casa, entre esta confusion y entre este tropel de cosas llega el juez; pídesele un poco mas de tiempo para prevenirse; mas ¿quién ignora que esto ya debiera estar hecho cuando el juez llegase? Las puertas de la misericordia se cierran con la vida; llámase á ellas, y solo se nos responde: No os conozco, ya no es tiempo; comenzó para ti la desventurada eternidad, y ese mortal dolor, esa rabia, esa desesperacion que ya comenzó, jamás ha de tener fin, durará para siempre jamás.

Ah Señor, ¿qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿Y qué cosa le podrá resarcir esta lamentable pérdida?

Causa admiracion ver á hombres de buen juicio ocuparse dias, meses y años enteros en los negocios del mundo; separarse para esto de todo lo que mas aman, y esto sin tener gusto, antes causándoles mayor tedio aquellos enfadosisimos negocios, y salir despues de esta vida sin haber pensado jamás cosa alguna seriamente ni en el fin para que entraron en ella, ni en el término que despues de ella han de tener. Mi Dios, ¿qué discretos y qué prudentes fueron los santos en no haber pensado en otra cosa toda su

vida! No permitais, Señor, que las reflexiones que acabo de hacer sirvan solo para mi mayor condenacion y para mi eterna desdicha.

JACULATORIAS.

Ne projecias me à facie tua. Salm. 50.
Nome arrojes, Señor, de tu presencia.

Quò ibo à spiritu tuo? et quò à facie tua fugiam?
Salm. 38.

¿Adónde iré, Señor, si no me quieres reconocer por hijo tuyo? ¿adónde huiré si no me quieres sufrir delante de ti?

PROPOSITOS.

1. La mas terrible desdicha del hombre en esta vida es el pecado, y para la otra morir en pecado. Pérdida de bienes y de salud; accidentes funestos y fatales; adversidades, persecuciones y desgracias; todos estos imaginarios infortunios ¿qué quieren decir en el sentido mas natural? Solo quieren significar vivir con alguna menos conveniencia; bajar algunos grados á los ojos de aquellos con quienes estábamos á nivel; ocupar el último lugar en la aprension de los hombres; y á lo sumo, vernos de repente despojados de todo lo que lisonjeaba nuestra ambicion, de todo lo que fomentaba nuestra concupiscencia, de todo lo que irritaba nuestras pasiones, y experimentar este despojo pocos dias antes que la muerte nos lo arrancase todo ello. Pero estar en pecado es ser objeto de horror á toda la corte celestial; es estar en desgracia de Dios; es merecer todos los tormentos del infierno; y morir en pecado es ser este sugeto de infamia y de abominacion, este insigne malvado, este triste pábulo de aquellos tormentos por toda la eternidad. A nada

has de tener horror sino al pecado, y morir en pecado es lo que continuamente has de temer. De todas aquellas cosas que se llaman trabajos, aflicciones, desolaciones y miserias hay recurso; pero morir en pecado no admite consuelo, no admite esperanza, no admite remedio. Has de procurar que este temor y este horror no solo se te hagan familiares, sino como naturales. Inspiralos á tus hijos, á tus criados, y repíteles incesantemente aquellas palabras del Sabio. *Quasi à facie colubri fuge peccatum*: Huid, hijos míos, del pecado como de una serpiente venenosa; porque si os arrimais á él, os agarrará y os devorará. *Dentes leonis, dentes ejus*: sus dientes son como los del leon, que hacen pedazos las almas de los hombres. *Plagæ illius non est sanitas*: la herida que abre no tiene cura. No dejes pasar dia alguno, ó á lo menos sean muy pocos, sin repetir esta leccion á tus dependientes y sin repetirtela tambien á ti mismo.

2. Guardate mucho en adelante de abandonarte á esos excesos de desolacion y de tristeza cuando te suceda alguna afliccion, algun trabajo. Quitóte Dios lo que te habia dado, lo que no se te debia, ó lo que quizá seria muy pernicioso para ti. Pues ¿á qué fin esos desconsuelos y esas quejas? ¿qué agravio te hacen en quitarte lo que no era tuyo? ¿qué derecho tienen los hombres ni á los bienes ni á las honras temporales á que aspiran? No te aflijas, pues, sino del pecado cuando te suceda algun contratiempo, consuélate con que eso no es pecado. Sucédate lo que te sucediere, por triste, por doloroso que sea, repítete á ti muchas veces con el Profeta: *Quare tristis es, anima mea? et quare conturbas me?* ¿Qué motivo tengo yo para estar triste ni para afligirme? La pérdida de este pleito no es pérdida de la gracia; este contratiempo no es pecado; no pierdo la amistad de Dios por esta desgracia que me sucede. *Quare tristis es?*

Pues ¿porqué me he de afligir por un accidente que no es cosa mala? Algunas veces puede mas la tristeza que las maximas, que los principios de la religion; pero las reflexiones cristianas disipan mas presto la mas negra, la mas sombría tristeza. No hay otro mal verdadero que el pecado; y morir en pecado es el colmo de todas las desdichas, es el supremo mal. Sea esta gran verdad la materia mas comun de tu meditacion.

DIA VEINTE Y TRES.

SAN CLEMENTE, PAPA Y MÁRTIR.

Fué san Clemente tan distinguido por el esplendor de su ilustre nacimiento, que estaba emparentado con los emperadores romanos. Todo era grande en este santo; el origen, la dignidad, las virtudes, la doctrina. Su padre, que era senador, se llamó Faustino, y su madre Matridia. El palacio de estos señores estaba en el monte Celio. Tardó poco Clemente en añadir al esplendor de su cuna el de su mérito personal; y haciéndose mas hábil en el estudio de las letras humanas, llegó á poseer con perfeccion la lengua griega. Pero faltábale el conocimiento de las verdades de la fe cuando, por grande dicha suya, entraron en Roma san Pedro y san Pablo, de quienes se hizo discipulo, y le instruyeron en las verdades de la religion aquellos dos grandes maestros de todo el universo. Adelantó tanto en ella, que san Pablo le apellidó su coadjutor en la predicacion del Evangelio, hombre escogido de Dios, cuyo nombre estaba escrito

en el libro de la vida. No se sabe á punto fijo si sucedió en el pontificado inmediatamente á san Pedro, aunque en sentir comun de la Iglesia parece ser que san Lino y san Cleto le precedieron en el gobierno de toda ella. Llevó al trono pontificio la inocencia, habiendo conservado toda la vida su pureza virginal. Durante su pontificado, sucedió entre los fieles de Corinto una desgraciada division que hizo mucho ruido. Habia florecido grandemente aquella iglesia por el ejercicio de las virtudes cristianas y por su ejemplar edificacion desde que el apóstol san Pablo la habia fundado; pero no perseveró en su primitivo fervor. Turbó su paz la emulacion de algunos particulares, y se lloró despedazada con un funesto cisma que se formó dentro de su mismo seno. Viendo los fieles de Corinto los progresos que iba haciendo aquel incendio fatal, imploraron el auxilio de otras iglesias para cortarle, y se dirigieron principalmente á la de Roma, que se hallaba á la sazón en lo mas vivo de sus tribulaciones. Luego que Dios restituyó la paz á esta iglesia con la muerte del perseguidor que la agitaba, convirtió san Clemente su atencion á los Corintios, y les escribió aquella célebre y admirable carta que tanto alabaron y ponderaron los padres, siendo uno de los mas preciosos monumentos de la antigüedad. Está escrita con tan delicada mezcla de fortaleza y de suavidad, que, corrigiendo el mal, hace amable el remedio. En ella resplandece la prudencia y la dulzura; habla la caridad apostólica, y su estilo es natural, claro, perspicuo, sin artificio, despojado de todo adorno extraño y forastero. Dice san Ireneo que con aquella epístola restableció san Clemente la fe y la caridad entre los hermanos de Corinto, y les anunció la tradicion que ya habian recibido por el ministerio de los apóstoles. Al mismo tiempo que el santo pontífice estaba todo dedicado á solicitar la salvacion de